

privileges. As Debord says in the first issue of the *Internationale situationnisten*, victory will be achieved by those who are able to create order without loving it. Thus, Marcus writes what Philip Sollers would call «a monumental history,» i.e. a history understood as a differentiated and contradictory series, a history which is neither monistic nor historicist: it is an Althusserian criticism against Hegel's conception of History and against his idea of expressive whole. Marcus shows that there is not one History, a true official History, but interrelated histories whose aim is rather use than order experience. As Eco argues, each story tells stories which have already been told. Marcus' history is not made up by facts but by representations; it is the (hi)story of Debord's «society of spectacle,» «that artificial void that we inhabit.» Following Nietzsche, Marcus wants to destroy epigonism, the excessive historical conscience and collective memory, which, in fact, no longer exists, argues Edward Said: tradition walks before us (Heidegger).

*Lipstick Traces* is about artists and movements that, following a Romantic impulse, did not have nor wanted institutional power but did not offer either a way of filling that void. However, they left an important trace, since they created an art which mirrored their society —eclectic, chaotic— and offered that which official History wanted to exclude: the possibility of its own denial. Marcus notices that in contemporary society everything that was directly lived has moved away into a representation and that reality rises up within spectacle, our only reality. The true, says Debord, is a moment of the false. The final aim is the sign within a society which, according to Feuerbach, prefers the sign to the thing signified, the copy to the original, fancy to reality, the appearance to the essence. Illusion only is sacred, truth profane, and, with Nietzsche, art turns out to be what helps us not to die for truth.

M. Carmen África Vidal

Félix Rodríguez González, *et al. Comunicación y lenguaje juvenil*. Madrid: Instituto de Estudios Juan Gil Albert-Editorial Fundamentos, 1989, 333 pp.

José María Navarro, autor de uno de los artículos que configuran esta obra, sentencia al comienzo de su colaboración: «La escasez de repertorio lexicográfico de nuestras variantes, registros y sociolectos parece justificarse por la extensión y diversidad de nuestro sistema. Si añadimos a esto que, sobre todo en el sector de los sociolectos marginales y juveniles, la pervivencia de los términos está amenazada continuamente por diferentes factores, y su vigencia, en algunos casos, es efímera, nos será fácil comprender la falta de estudios, parciales al menos, realizados con rigor científico.» Si junto a dichos obstáculos, inherentes a la naturaleza misma del objeto de estudio, consideramos que esta publicación fue concebida a raíz de la preparación de un ciclo de conferencias celebrado en Alicante en 1985 —Año Internacional de la Juventud—, fecha relativamente lejana teniendo en cuenta la vertiginosa velocidad con que evoluciona este tipo de lenguaje, comprenderemos el valor científico de una obra que se nos antoja única en su género.

Cierto es que un volumen colectivo que enfoque un mismo tema desde muy diversas perspectivas, como es el caso, puede ser tachado de heterogéneo. Y sin embargo, éste es, a mi juicio, uno de los aspectos más positivos del trabajo. La tarea de caracterizar el lenguaje de los jóvenes no puede abordarse sin un amplio análisis sociológico de ese sector de la población al que nos referimos con el término «juventud,» sin saber con demasiada precisión qué entendemos por tal. Tampoco podemos olvidar que la cultura, subcultura o contracultura juvenil no se manifiesta sólo por medio del lenguaje verbal, puesto que existe una vertiente no verbal del lenguaje de este colectivo que un análisis serio del lenguaje juvenil no puede ignorar (en este sentido, el título de la recopilación de artículos nos parece plenamente acertado).

A esta realidad responde la estructura del libro, al que podemos considerar como un intento de abarcar las diversas características que diferencian a la juventud como grupo social hoy en día, y que repercuten directamente en su manera de manifestarse. Los temas tratados se dividen en dos grandes bloques centrados en la cultura y comunicación, por un lado, y en el lenguaje propiamente dicho, por otro.

El primer bloque trata de los rasgos que particularizan el comportamiento expresivo de los jóvenes y su relación con formas comunicativas no lingüísticas, como la moda, el vestido, la música o la droga. Así, el primer artículo, «Cultura juvenil: la comunicación desamparada,» de los antropólogos José Avelló y Antonio Muñoz, plantea las condiciones en las que está surgiendo una nueva subcultura juvenil en las grandes ciudades y el modo en que este hecho se refleja en los procedimientos comunicativos de los que aquélla se vale. Particularmente atractiva nos parece la referencia de estos autores a una paradoja en la que el joven se ve envuelto: en un sistema comunicativo como el actual, en el que la juventud parece convertirse en el fin último al que todos debemos aspirar, el joven es presentado como objeto y mensaje, pero nunca como sujeto, lo cual le lleva a buscar refugio en una subcultura de supervivencia personal que elabora sus propias formas de expresión. Precisamente una labor de desmitificación de la imagen de lo joven que se nos «vende» actualmente es la que lleva a cabo Manuel Espín en «La imagen de los jóvenes en los medios de comunicación,» por un lado, y Margarita Rivière en «Moda de los jóvenes: un lenguaje adulterado,» por otro. Ambos coinciden en señalar que los medios de comunicación sólo nos ofrecen un reflejo distorsionado de los jóvenes, una imagen creada por y en interés de los adultos. En opinión de Espín, esta situación acarrea el peligro de desinformar al propio joven sobre sí mismo y de dificultar su inserción en la sociedad. Rivière, por su lado, más centrada en la vestimenta juvenil en la década de los ochenta, considera que ante esta realidad sólo se le ofrecen dos salidas al joven: seguir las corrientes o tomar sus propias iniciativas.

Las tres colaboraciones siguientes subrayan la significación de tres medios de expresión marcadamente juveniles: las drogas, especialmente el hachís, como símbolo de determinadas subculturas juveniles («Proceso de 'modernización,' cultura juvenil y drogas,» de Oriol Romaní i Alfonso); las pintadas, fundamentalmente las de carácter estudiantil («Sociología de la reciprocidad lingüística: las pintadas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense,» de Fermín Bouza y Rosario Martínez Tovar); y los fanzines u otras publicaciones típicamente juveniles, en particular las de tipo musical («El 'fandom' como estilo de vida: fanzines españoles 1977-1987,» de Quim Puig).

El segundo bloque de artículos se centra en el lenguaje en sí, y especialmente en lo que diferencia al lenguaje juvenil, es decir, el argot. Es lo que Félix Rodríguez trata en el artículo «Lenguaje y contracultura juvenil: anatomía de una generación,» en el que la investigación de este habla de grupo tiene un claro componente sociolingüístico al ir acompañada por un amplio estudio del origen de la jerga juvenil en España, su evolución y los diversos recursos expresivos de los que se vale en el área del léxico. También el léxico del argot juvenil es analizado por Manuel Casado en «Léxico e ideología en la lengua juvenil,» si bien este autor se centra en el aspecto morfológico, como en el aspecto sintáctico del mismo se detiene Gemma Herrero en su artículo «El coloquio juvenil en los cómics marginales.»

En «Consideraciones acerca de la pobreza expresiva de los jóvenes,» Natàlia Català Torres cuestiona, sin llegar a pronunciarse, la pobreza que tradicionalmente se atribuye al lenguaje juvenil (entendido como «restringido» en la terminología de Bernstein) y que puede responder sencillamente a la medida de su preocupación: «los temas marginales no necesitan una nueva forma de expresión, basta la lengua general.»

La variación presente en el lenguaje de los jóvenes también está estrechamente relacionada con la situación del acto de la comunicación. Estas implicaciones de carácter pragmático son abordadas por Emilio Lorenzo en «Relación interpersonal y expresión personal,» dedicado al área de los tratamientos; por Francisco Moreno Fernández en «Elementos no marginales en el lenguaje coloquial de los jóvenes,» artículo en el que se intenta analizar el uso de «rutinas lingüísticas» que no tienen carácter marginal, es decir, que aparecen en el lenguaje de jóvenes que no pertenecen a ningún movimiento específico; y, en tercer lugar, por María Teresa Turell Juliá, que analiza la variación de las expresiones de auto-referencia en relación con determinados factores pragmáticos en «La auto-referencia pronominal en el ámbito laboral juvenil.»

Y, como es de suponer, un estudio del lenguaje juvenil no podría estar completo sin una referencia al habla de un grupo claramente diferenciado: el los estudiantes. En «El lenguaje escolar en los países hispanohablantes,» José María Navarro de Adriaens describe la metodología utilizada para obtener las voces surgidas en ese ámbito.

Esta surtida variedad de ópticas desde las que se enfoca el tema nos proporciona una visión completa, rigurosa y actualizada del habla de los jóvenes. Y si bien el estudio está enfocado en el contexto hispano, es posible vislumbrar en él un alcance mucho más amplio. En efecto, las referencias al argot juvenil en otras lenguas, especialmente en inglés debido a la irresistible influencia cultural y política de la cultura anglosajona (con especial incidencia en el mundo de la droga, el rock y los comics) están presentes en algunos de los artículos que tratan el lenguaje propiamente dicho. Pero, además, el modo en que los diversos enfoques nos presentan el tema y la metodología usada nos hacen pensar que los planteamientos de esta obra son claramente extrapolables al estudio del habla juvenil de otras culturas.

Se trata, en definitiva, de una obra fácilmente accesible para cualquier público, fuente de conocimiento para el curioso o iniciado, y lectura obligatoria para el especialista, quien, sin duda, agradecerá la extensa y variada bibliografía que Félix Rodríguez incluye al final. Es este apéndice la culminación de un gran esfuerzo por sistematizar una realidad lingüística cambiante, escurridiza, efímera, y que ha dado como resultado una excelente recopilación que no vacilamos en recomendar.